de la libertad, suprimiendo todo aquello que sólo es rémora de retroceso y explotación. No vemos el bien que pueda reportar al pueblo, eso de crear días festivos, que tanto perjudican al hombre que está habituado al trabajo; pues si en tales días, otros de diferentes ideas les ven trabajando se permiten murmurar, como si ese individuo estuviera cometiendo una acción infame ó degradante y por esa simpleza llegan á profesarle hasta odio. Y, ¿los timoratos que guardan esos días, generalmente á qué los destinan? Fácil es adivinarlo y por tanto no queremos decir algo para no herir la suceptibilidad de algunos. Para el hombre que ha trabajado seis días seguidos y en trabajo muy recio, para su descanso le basta la noche y el día domingo, es medida higiénica que por ley natural está consignada hasta en el *Decálogo* que es también la ley de Dios. No se nos tilde de herejes ni renegados, enemigos de la religión, pues deseamos una religión moral y combatiremos á lo que sea *religión sin moral.*

Aquí parodiamos á Villaret: "Destruir es fácil, edificar difícil. Para lo primero basta el tiempo y las fuerzas ciegas de la Naturaleza: para lo segundo hace falta inteligencia, voluntad y materiales de construcción." Así se explica que los costarricenses hayamos logrado amontonar muchas ruinas, sin edificar cosa alguna sólida y positiva, por falta de sinceridad de muchos que han manejado la cosa pública sin el concurso de la completa sanción del único soberano que es el pueblo. Por tanto todo ello ha servido para destruir, pero no ha servido para crear ciudadanos libres, probos é ilustrados. El secreto de esta nueva cultura que substituya lo existente, es lo que no han encontrado, ni siquiera buscado nuestros políticos: quedamos esperando.

Q. OTOS OIROGREG

Meditación

Desafiando á las nubes, magestuosas é imponentes, se yerguen las chimeneas de las fábricas y talleres despidiendo por sus cilíndricos conductos como abocastros infernales, bocanadas de un humo denso que luego soberbias se desvanecen en el inconmensurable espacio.

El rutinario y vertiginoso movimiento de las máquinas, con su estridente concierto, entona con su compañero de faenas la monótona canción del trabajo, como si experimentasen el dolor ageno y quisieran amortiguarlo en las horas de la lucha por la existencia.

Las exigencias de un hogar acosado por la inopia, sitiado por la miseria; que ponen el cerebro á divagar de ese su condenado, á *ganarse el pan* á costa de sacrificios sobrehumanos con detrimiento de su salud; *con el sudor de su frente,* vilipendiada por la holgazana explotación.

Condenados por el destino cruel é inexorable, bregan en un mar de afrentas y humillaciones. Encorvados ante el yunque indomable que no cede á la rudezas del mazo, desafían los imposibles de una tarea que se le impone, el hollín encareta su semblante desfigurado por el cansancio, por la fatiga.

Al calor de la chispeante fragua disipa el frío de la decepción y la amargura, tósigos que alimentan en el alma, en los rudos y mal recompensados afanes donde forja, no la consideración social que se merece sino el alimento que con su voz débil y entrecortada reclaman sus hijos transidos por el hambre.

Son atestados que lo acreditan: trabaja y tiene hambre; no necesita ser azuzón ni doblegar la cerviz ante el amo para granjearle, es suficiente la fuerza de sus brazos y la convicción de sus honrados cumplimientos.

La ruindad de los descorazonados lo hará buscar el lenitivo para sus penas entre los suyos, entre los que sienten como él y lo comprenden, donde el pabellón de la solidaridad los abrigue á todos en el pedestal de su emancipación, con el arma refulgente de la luz y la verdad, cuando en las batallas bonancibles de la idea estalle el grito de redención, para ir en pos de un derecho y una libertad secuestradas.

Aquellos obreros de la civilización y del trabajo abandonarán los lugares que no educan, sino que degeneran; para luego poder patentizar más ese derecho sagrado y basado en un fundamento, rechazarán los maquiavélicos intentos de sus verdugos, abolirán los festines del Erario Público y arrebatarán prebendas y monopolios á los enseñoreados con el poder.

En alegre caravana, sin pretensiones ni odios, guiados por un sentimiento de confraternidad, cruzarán satisfechos el desierto de la vida, germinando y arraigando en el corazón de los pueblos sus principios de verdadera humanidad.

Sólo con ellos no irán los parásitos, los serviles, los que viven *á fuerza de arrastrarse.*

L. SÁUREZ

Pensemos pero accionemos también

Mientras los obreros no lleguen á adquirir el convencimiento de que sólo la unión puede darles el bienestar que les corresponde; mientras se cultiven odios y envidias entre ellos; mientras continúen aceptando el halago de los ambiciosos y cumpliendo el capricho de los embaucadores; mientras continúen creyendo que están entre los profesionales del medro sus mejores amigos, y sigan malogrando el empeño honrado de sus compañeros; mientras no halla entre ellos unión verdadera, anhelo bien sentido de solidaridad, todo cuanto pretendan hacer por el bien colectivo, todos sus intentos de reivindicación y de mejora seguirán tropezando con los escollos que las manos enemigas siembran en el camino y seguirá retrazándose el avance hacia la finalidad soñada.

Parece mentira que aun después de sufrir tantas caídas y de perder tantos sacrificios, no se comprenda todavía del todo que es el esfuerzo nuestro el sólo necesario, que son nuestra inteligencia y nuestra voluntad las que lo harán todo; que es ahogar nuestras rencillas y juntarnos en un abrazo de verdadera fraternidad lo que hemos de hacer para realizar nuestros intentos, para remover los obstáculos que se presentan en nuestra marcha hacia el porvenir.

Unión, fraternidad, tolerancia entre sí, ayuda mutua y desinteresada, confianza en los propios esfuerzos y en el esfuerzo de todos, sinceridad recíproca, indulgencia inagotable de parte de los que poseen mejores facultades para con los compañeros ignorantes, eso es lo que hay que tener si de buena fe se quiere volver por los fueros de la clase trabajadora, si se quiere levantar su nombre y conquistarle el aprecio, el respeto que para sí deben querer los obreros inteligentes, honrados, altivos; los obreros que se sienten orgullosos de serlo.

Cuando eso sea, cuando unidos como hermanos los hijos del trabajo se dispongan á hacer su bienestar colectivo y á impulsar el general bienestar, los que son fuertes por nuestra debilidad, los que son potentes por nuestra impotencia, ya no opondrán más el ahinco de sus injusticias contra la justicia de los derechos comunes, y no habrá más negaciones ni se dirán más los temores y recelos sustitutores del cariño, de la simpatía, que se debe á las clases fundamentales de la sociedad humana.

CARPINTERO

Este documento es propiedad del Museo Nacional de Costa Rica. Miguel Obregón Lizano del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica